

«El Iniciador de 1838»

ANDRÉS LAMAS—MIGUEL CANÉ

(Continuación)

Miguel Cané, llegado en 1835 á Montevideo, compartía con Lamas la dirección del periódico que aparecía lleno de entusiasmo juvenil y de brío, llamando á sí la generación destinada á darle en breve la coloración y la amplitud de una bandera que tendía sobre ella su sombra.

En su programa se definía con viril elocuencia la obra que se presentaba á la reflexión y al esfuerzo de esta generación y que el periódico nuevo tendría por norma en la propaganda, por lábaro en la lucha.

«Dos cadenas—decíase en un pasaje de él—nos ligaban á España: una material, visible, ominosa: otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que como aquellos gases incomprensibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y á todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipación absoluta.—Aquella, pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro de nuestras lanzas; ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad; aquella fué la misión gloriosa de nuestros padres, ésta es la nuestra.» —«Hay, nada menos, —agregábase,— que conquistar la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial, porque las Leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales, y ser como ella el testimo-

nio de nuestra independencia y nacionalidad.)

En su aspecto social la ejecución de este programa fué el desarrollo, más ó menos velado por las condiciones de una propaganda que había de contenerse dentro de los límites de la imparcialidad o la abstención política, de la fórmula regeneradora de 1837.—En su manifestación literaria, la idea de la emancipación se confundía, para los que la propagaban, con la idea y los ejemplos del romanticismo.—Es esta última faz de la obra realizada por *El Iniciador*,—que se identifica, en realidad, con la primera, pues nunca fueron las aplicaciones de la literatura materia de ociosos vanos sino medio eficazísimo de acción y de reforma en manos de aquel grupo de viriles obreros de una regeneración,—la que debe fijar singularmente nuestro interés en este estudio.

Notemos, ante todo, los precedentes que en tal sentido de su propaganda pueden señalarse, en las páginas que le anteceden de nuestra historia intelectual.

Con anterioridad á la repercusión de las grandes jornadas de 1830, no era aún bastante para alcanzar al ambiente lejano y tempestuoso de nuestra cultura la virtud de expansión del romanticismo, que habiendo atravesado en 1802, como un viento del Norte, las fronteras de Francia, tenía apenas con los tintes inciertos del crepúsculo los horizontes de la Europa Meridional.—Por otra parte, los ecos vagos y remotos de la revolución literaria que pudieron llegar al espíritu de los pueblos de América, no traían consigo la manifestación de un ideal capaz de hallar en él propia resonancia; capaz de armonizar con los estímulos que les sostenían en la lucha y de acordarse con la modalidad de su pensar y sentir.—La nueva escuela, en su relación con las ideas políticas y sociales, era, en su origen, escuela de reacción. Miraba hacia el pasado; amaba la tradición y la leyenda; había ceñido sus armas y afirmado su escudo para tentar el desagravio de las cosas caídas.—Cierta lazo simpático es fuerza que vincule las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de libertad, en todas sus manifestaciones, y en tal sentido es indudable que la revolución literaria, expresión de libertad, debía ser grata á los ojos de aquellos que acababan de consumir la revolución política. Por más que la nueva escuela hubiera nacido solidaria, en cierto modo, de la protesta alzada en nombre del pasado contra la obra de aquella transformación inmensa, una tendencia lógica debía empujar á los soldados de la libertad á militar bajo las banderas insurrectas de la literatura. Además, la misma Revolución que se esforzaba, después de haber levantado en sus hombros un mundo nuevo, por sostener sobre esos mismos hombros el peso de la clámide, se relacionaba en sus orígenes con cierto movimiento de emancipación de las ideas estéticas.—No fué otra cosa, en las postrimerías del siglo XVII, el debate de *modernos y antiguos*, sino un torneo donde los brazos que iban á trastornar el eje del espíritu humano, acostumbráronse á romper el cetro de la autoridad. Discutiendo á los clásicos se había preparado el camino para

discutir á los reyes. Defendiendo la perfectibilidad de la literatura, se había arrojado el germen de la idea de la perfectibilidad de las sociedades y las instituciones. Perrault precede á Condorcet. La rebelión literaria de los anti-homéricos había abierto paso á la rebelión social y religiosa de los enciclopedistas.—Pero no es menos cierto que entre tanto se realizaba la confluencia de las dos escuelas de libertad, y llegaba, para conciliarlas, el «segundo romanticismo» de 1830, lo nuevo, lo indisciplinado, en literatura, podía pasar, en relación á otras actividades del pensamiento humano, por sinónimo de reacción.—En el mármol immaculado de Corneille y Racine, habían querido esculpir su imagen la República y el Imperio. Boileau seguía reinando absoluto en los espíritus mucho después de que la cabeza de Luis XVI había rodado por las gradas sangrientas del cadalso.—La idea de la libertad llegaba, pues, identificada con la afectación antigua de las formas al espíritu apenas emancipado de América.—Su revolución fué exteriormente clásica. Lo fueron su poesía y su tribuna. La vieja escuela era profesada con aquel grado de intolerancia doctrinal de que un documento literario muy curioso, el manifiesto que precede á los Estatutos de la sociedad llamada *del buen gusto del Teatro*, que se fundó en Buenos Aires en 1817, puede servir de ejemplo significativo.

Ciertas auras muy leves empiezan á remover la atmósfera de las inteligencias en la época de Rivadavia.—El clasicismo de Juan Cruz y de Florencio Varela, eco del clasicismo francés del siglo dieciocho, en toda su pureza dogmática, en todo su absolutismo esencial, aparece atrasado, con relación á su propio tiempo, si se consulta al testimonio de la circulación de las ideas literarias, que guarda en sí la prensa de entonces.—La crítica teatral, en algunos de los periódicos de aquella época, ofrece ciertos atrevimientos dichosos, cierta ansiedad de cosas nuevas, ciertas manifestaciones de libertad, cuyo origen puede buscarse en los primeros y vagos ecos de la crítica innovadora de principios del siglo, en las protestas que el recuerdo de la grande tradición romántica mantuvo, en medio á la derrota de la genialidad nacional, en la crítica española, y aun en el mismo contacto con la doctrina del siglo XVIII francés, si se considera que, para espíritus algo dados de suyo á tolerancias é innovaciones, aquella propia escuela de clasicismo, hoy tan uniforme y tan adusta en su perspectiva histórica, tan rígidamente sometida al parecer á una autoridad intolerante, no carecía de asidero donde apoyar ciertas osadías de pensamiento y ciertas aspiraciones de libertad, que tienen precedentes tales como los del Voltaire del «Ensayo sobre lo épico» y las «Cartas Inglesas» y los relámpagos de genio de la crítica de Diderot.

En poesía, Juan Crisóstomo Lafinur había dado entrada á los presagios románticos de Cienfuegos. El falso Ossian, en el que debe reconocerse uno de los elementos literarios que más eficazmente intervinieron, á principios del siglo, para la formación del

gusto nuevo, era colocado en 1821 junto á los mayores épicos clásicos, cuyos poemas ofrecíanse como premio del más hermoso de los cantos de Luca en resolución oficial.

A volver fácil la evolución de las ideas literarias contribuyó por entonces la presencia de un escritor de superior talento y cultura, para cuyo nombre debe existir, aun más que en la tierra de su nacimiento, en nuestra América, recuerdo respetuoso en la memoria de la posteridad.—José Joaquín de Mora, miembro de aquella viril generación que arrojada de España por el despotismo de Fernando VII, nutrió su mente, fuera de la patria, en las corrientes nuevas que á su regreso salvaron con ella las fronteras de esa nación; publicista, crítico, poeta; propagador de adelantadas ideas de enseñanza, de literatura y de organización, durante su estadía de dos décadas en varios pueblos americanos; espíritu del que pudo afirmar la palabra elocuente de Ríos Rosas que «embotó las espigas de la proscripción con el asiduo culto de la inteligencia», tomó á su cargo la dirección de las columnas oficiales de *La Crónica*, llamado á Buenos Aires por el gobierno de don Bernardino Rivadavia, en 1827.—El olvidado autor de las *Leyendas Españolas* no era, en el rigor de la palabra, un romántico. Desde luego, era francamente hostil al romanticismo reaccionario y retórico de Chateaubriand, contra el que tuvo su crítica páginas singularmente acerbas.—Pero sus doctrinas, más viriles y sólidas, de libertad literaria, habían sido adquiridas del contacto con el pensamiento inglés, de cuyo espíritu puede considerarse, dentro de la literatura de su tiempo y su lengua, uno de los emisarios primeros.—El trafa consigo, á Buenos Aires, el influjo de aquel animoso movimiento de publicidad y de renovación, que sostuvieron por algunos años en Londres, concentrando allí la más avanzada expresión de la literatura castellana de la época, una parte de los españoles desterrados por la reacción absolutista de 1823 y algunos de los americanos que mantenían en Europa el servicio de los intereses diplomáticos de la Revolución ó el ostracismo originado en las primeras luchas civiles.—Y aunque en punto al idioma y con relación á determinados aspectos de la forma literaria, era Mora conservador é intolerante, como lo anunciaba él mismo en el prospecto magistral de *La Crónica*, era en lo íntimo y sustancial de su doctrina, más independiente y más laxo que su futuro contendor don Andrés Bello, con quien comparte el honor del magisterio intelectual que modeló, en el período que antecede á la llegada de los emigrados del Plata en 1841, las formas de la cultura de Chile.

Rápido como fué, su pasaje por el ambiente intelectual de nuestros pueblos, dejó, sin duda, algunos gérmenes fecundos que contribuyeron á preparar eficazmente el terreno donde la mano fuerte de Echeverría debía plantar el árbol de la innovación.—La marcha autónoma y la espontaneidad del pensamiento americano, lo mismo en sus manifestaciones literarias que en sus transcendencias activas, fueron ideas que no permanecieron ignoradas de la pro-

paganda y la crítica sagaz de José Joaquín de Mora.

Espesábanse las sombras de la reacción que sucedió al fracaso de la obra de cultura iniciada por aquel período glorioso, cuando tornaba del otro lado de los mares el futuro innovador a quien estaba reservado comunicar a los espíritus, ya puestos en propicia pendiente, el grande y definitivo impulso.—Esteban Echeverría, que había llevado en París una afanosa vida de estudio y de observación desde 1826, había asistido allí a la última etapa de la revolución de las ideas, que precipitaba entonces sus pasos hacia el glorioso desenlace de Julio.

—Empapada su mente en la irradiación de aquellos días luminosos, cuando puso su pie sobre la nave que había de devolverle al seno de la patria el poeta joven se creía a sí mismo el mensajero de una regeneración intelectual. Volvió, y halló en los horizontes que había dejado radiantes y serenos, el silencio y la sombra, la soledad moral, la enervación de las voluntades, el ostracismo de las inteligencias.—La primera tentativa de innovación con que se sobrepuso su espíritu a las brumas de desaliento en que flotaban las almas, no fué para él un triunfo,—difícil de alcanzarse con versos en una época de apagamiento intelectual;—no fué tampoco el merecimiento de un triunfo.—Esa obra de iniciación no pasó de ser un tributo pagado al más trivial amaneramiento romántico,—en el género de las leyendas de Hoffmann, de los cuentos de Noddy; en el género que el romanticismo ofrecía de forzosamente exótico é inoportuno con relación a la índole de nuestras sociedades de América,—que no tuvo, y no merecía tener, más que el recibimiento ingrato del silencio.—Pero la histórica significación de aquel ensayo de mal gusto ha de señalarse en que la nueva escuela literaria penetraba, merced a él, en la literatura naciente de estos pueblos, cuando ella apenas había salido en España, con la aparición de *El Moro Expósito*, de sus manifestaciones indecisas u obscuras.

La primera muestra de sí que dió la fuerza poética a quien estaba reservado animar las soledades de la pampa con la vida inmortal de *La Cautiva*, y la verdadera revelación del nuevo credo,—aquella que pone un límite a los vagos precedentes que rastrean en la sombra la erudición, y deja por primera vez una fecha hondamente grabada,—se identifican con la aparición de los *Consuelos*.—El poeta de una generación estaba allí.—Un numen ignorado aparecía en aquellas páginas, para nosotros lánguidas y marchitas, y que parecieron entonces llenas de vibración, llenas de colorido y de savia. Era la musa nueva, dispensadora de los deliquios de la meditación y del recogimiento; la confidente cariñosa de la individualidad; la poética revelación del mundo íntimo; el espacio franqueado en medio de la poesía que se nutre de las pasiones de la multitud para la poesía que habla de los sentimientos de uno solo.—La época era favorable a los esparcimientos de la melancolía, como lo fuera en tiempos cercanos para la virilidad altiva de lo épico.—Una ráfaga inesperada y balsámica pare-

ció cruzar la atmósfera adormida; reconoció la juventud al poeta suyo, al poeta que le estaba destinado, y la crítica clásica, que representaban los Varela, aplaudió.—Bien es verdad que el espíritu romántico y novador de los *Consuelos*, encarnado en una forma que no se singularizaba todavía por ninguna de las audacias de la expresión, del ritmo y de la imagen, que debían caracterizar la exterioridad del romanticismo y vestirle con su túnica propia, se presentaba en versos más arreglados y tímidos que audaces que podían bien pasar como una tentativa de restauración de las tradiciones de sobriedad y mesura del clasicismo, a quien la escuela dominante hasta entonces en los poetas de América había llevado a los extremos de la solemnidad oratoria y de la difusión.—Al propio tiempo de tributar, en carta íntima, sus aplausos a la aparición del poeta que se revelaba, Florencio Varela, fijando su atención en el movimiento literario europeo, manifestábase desorientado por la partida de los dioses de su culto; pedía el desagravio para las sombras de Horacio, de Racine y Molière; profetizaba con segura convicción «que Hugo pasaría», y se negaba a reconocer en la revolución literaria otra cosa que una pasajera desviación y una recrudescencia gongórica.—Más tarde, cuando tocó al publicista de *El Comercio del Plata* juzgar *El Peregrino* de Mármol,—y aun cuando redactó el Informe relativo a las composiciones que se presentaron al Certamen de 1841—dejó notar que la revolución de las ideas había labrado cierto surco en su espíritu. Por otra parte, Juan Cruz Varela, escribiendo a don Bernardino Rivadavia en 1846, para exponerle los principios de crítica a que debía ajustar su traducción, que entonces reanudaba, de la *Eneida*, tenía observaciones de un sentido profundo que denunciaban el influjo de una crítica nueva y penetrante y que levantaban su juicio muy sobre el pensar del falso clasicismo del siglo XVIII.

La inquieta juventud que entregaban por aquellos años a la vida pública los claustros de la Universidad donde la palabra dulce y persuasiva de Alcorta mantenía honrosamente la tradición de un glorioso profesorado, recoge en sus ensayos primeros el eco de la iniciativa, y la propaga, más o menos decididamente, en la crítica y en la producción.—Abríanse paso, al par de las nuevas ideas literarias, las corrientes nuevas de la filosofía y el derecho. Lermínier era traducido y comentado en 1837 por Alberdi. José Tomás Guido había dado a luz en 1834 una versión de la «Historia de la Filosofía» de Cousin.

El arribo a la cumbre en esta que podemos llamar ascensión de las inteligencias, es señalado simultáneamente por la revelación literaria de las «Rimas», por la profesión de fe tan virilmente formulada en el «Dogma de Mayo», por el movimiento de producción y de asociación intelectual de que hablamos en los comienzos de este estudio.—Trozados ya los vínculos que supe-
daban la nueva orientación de las ideas a una norma de imitación, en la que el principio de obediencia que se había abandonado con respecto a los clásicos era sancionado

otra vez con relación a los maestros del romanticismo, impulsábase al pensamiento a una franca emancipación, se refundía el concepto de la nueva escuela literaria dentro de molde americano, y se la convertía en obra propia, en el sentido de interpretarla y adaptarla a las condiciones de nuestra naturaleza y nuestro medio social.—Sabemos ya que la emigración de la juventud a quien estaba encomendada la obra de fecundar y propagar la iniciativa, impuso en Buenos Aires el momentáneo fracaso de esa obra, y que el movimiento de ideas que allí interrumpió, al nacer, la brutal persecución de la fuerza, se reanuda en esta margen del Río, donde libra sus combates y celebra sus triunfos.—*El Iniciador* de Montevideo representa, efectivamente, la última y definitiva jornada del período azaroso, difícil, de la innovación. Las doctrinas que, débiles y desamparadas todavía, le habían dado causa é impulso, tienen, poco tiempo después de su propaganda, la entera representación de la actividad literaria de su época, y aquellos que las habían aventurado no hablan ya como insurrectos que proclaman, sino como vencedores que dominan. (1)

Las transcripciones que reflejaban la palabra de los maestros y contribuían a difundir los modelos y los principios de la renovación literaria en que *El Iniciador* tomaba sus inspiraciones, compartían sus columnas con la actividad productiva de la juventud.

Los escritores, los poetas, los publicistas, de aquella época luminosa,—Hugo, Manzoni, Lamartine, Espronceda, Figaro, de cuyas críticas se había hecho en aquel mismo año una edición local por las prensas de Montevideo, Lamennais, cuyo apasionado estilo fué a menudo imitado en los escritos de la época, Cousin, Saint-Simon, Lermínier,—eran entre nosotros divulgados por las transcripciones de *El Iniciador*.

La obra propia de sus redactores merece fijar, con algún detenimiento, nuestro interés.

De Andrés Lamas,—que en la declaración de propósitos del periódico había trazado firmemente los rumbos de su propaganda, pero que contribuyó con escasa asiduidad, solicitado bien pronto por las agitaciones de la política activa, al posterior desenvolvimiento de ella,—debe recordarse un diálogo lleno de brío é intención, donde recoge los ecos de desdén, de desconfianza ó de burla, que manifestaban que la iniciativa innovadora de la juventud había herido, ya los sentimientos de inercia, las raíces aún vivas del pasado, ya la superioridad recelosa de los círculos.

En los escritos de Cané lucen los dones preciosos del estilo; el giro esbelto y elegante, la marcha leve, airosa, de la dicción; la urbanidad selecta del ingenio; las vistas penetrantes del criterio y el gusto.

Citemos de ellos: el hermoso juicio de «Alejandro Manzoni», lleno de apasionado entusiasmo por el poeta y de anhelantes votos por el resurgimiento de la Italia;—su

(1) Apareció *El Iniciador* en Abril de 1838, y no en Octubre, como se dijo en la primera parte de este artículo. El primer número del tomo segundo, salido a luz en Octubre, lleva equivocadamente la indicación de «Tomo I».

consideración sagaz de los nuevos horizontes de la «Literatura», donde sobreponiéndose á todo lo que había de escolástico y transitorio en el romanticismo, señalaba como el concepto definitivamente conquistado por él, el de la variabilidad de la obra literaria «como atributo del estado y condición de los pueblos», «sometido á la doble ley del tiempo y del espacio»;—sus diálogos festivos, en los que bajo el título de «Mis visitas» desplegó ciertas dotes de crítica y de observación; sus meditaciones, á menudo profundas, sobre las condiciones y las necesidades del estado social de América recién emancipada.—En una de ellas realzaba con sentida elocuencia los beneficios de la educación popular como suprema fuerza regeneradora. Glosaba, en otro de estos artículos doctrinarios, dirigiéndolas á los hombres de su generación, las palabras póstumas de Saint-Simon á sus discípulos: «El porvenir es vuestro!» Y hablaba, en otros,—*El Pueblo, Aristocracia en Sud-América, Fiestas públicas*,—de la necesidad de convertir en fuerza viva y autónoma la mole inerte de las multitudes sobre las que no se había disipado todavía el sueño de la servidumbre colonial.

La faz del pensador, del propagandista, ó del sociólogo, se refleja más á menudo que la del crítico propiamente literario en esas páginas.

Y sin embargo, era la de don Miguel Cané una organización moral profundamente sellada por pasiones de artista. Había sido concedido á su naturaleza, con más generosidad quizás que á la de otro alguno de sus contemporáneos, el amor del arte por el arte, la virtud de la contemplación desinteresada de lo bello, que en los espíritus de una época de agitación, de organización y de lucha, pocas veces lució sin la mezcla impura del objetivo utilitario,—aunque fuese de una elevada y noble utilidad,—sin la intervención, en el sentimiento y en el juicio, de tendencias que se relacionaban más ó menos directamente con la propaganda y la acción. Su crítica suele ofrecer, por esto, manifestaciones de una cualidad que es raro encontrar en la de los hombres que la ejercieron en su época y á su lado; aunque no se eximiese, según hemos dicho, de la imposición fatal de un ambiente que obligaba á convertir, la misma contemplación y el mismo reposo, en medios y maneras de lucha.—Así, supo reconvenir á Figaro el criterio del todo extraño á la pura apreciación estética que le dictó su condenación de *Antony*, haciendo un magistral juicio de Larra.

Á Cané, según todas las apariencias, debe atribuirse, en efecto, la página de crítica más duradera y más hermosa que realce las columnas de *El Iniciador*: el estudio de la personalidad y la obra de Mariano José de Larra, que, escrito en ocasión de la muerte del crítico genial, puede ser considerado como un juicio perfecto, definitivo, que sería lícito trasladar, sin modificaciones, de las hojas fugaces é improvisadas de la prensa, donde vio la luz, á las páginas de bronce de la historia literaria.

Cultivó también, en aquella primera manifestación de sus talentos, la narración breve, el cuento de índole romántica, modelán-

dole en el remedo ingenuo de la afectación sentimental de la escuela. Luego, su espíritu debía fijar su definitiva vocación literaria en el romance, desplegando singularmente las galas de su estilo en cierto género novelesco, que es conversación artística al par que narración. Lienzos y mármoles constituyen en él el fondo del relato, como en novelas de otra índole el escenario de la naturaleza. La crítica de arte alterna con el desenvolvimiento de la acción, como en el libro en que Mme. Staël dió por escena los museos y las ruinas de Italia á las figuras de Osvaldo y de Corina. La forma fácil, esbelta, refleja la entonación de una palabra animada y elegante.

Hablemos ya de los colaboradores de *El Iniciador*.—Entre ellos, debe citarse á Alberdi en primer término. La crítica de costumbres, arma de las más poderosas y eficaces que sirvieron á la propaganda del periódico, puede considerarse, en la literatura de su época, obra suya.

No es que la sátira careciese de estimables precedentes, dentro de las anteriores manifestaciones de la cultura argentina. Aquella prensa vivaz que controvertió, durante los años de la «Reforma», las ideas de organización y de política, lo mismo con el vigor del razonamiento doctrinario que con la punta acerada de la burla, pudo servir de comprobación á la efectividad del rasgo que señalaba don Juan Cruz Varela en la genialidad de su pueblo, cuando afirmaba que, como el caracterizado en la expresión del gran satírico, *nacía burlón*. Algún durable elemento literario es posible sacar de entre aquella bulliciosa multitud de vocablos amotinados y bravíos que desfilan riendo; no ciertamente por la fina espiritualidad, la elegancia, el alicismo; sino en el género de aquella sátira española del siglo XVIII, tan cerril y tan tosca, pero tan varonil, tan sazonada con las especias fuertes del ingenio, que resonó, como un eco de la carajada estruendosa de los dioses, en las páginas gruesas del *Gerundio*, y que podría tener el símbolo de sus procedimientos en el manteo de Sancho ó en las tribulaciones del Buscón en la Universidad de Salamanca.

El P. Castañeda es la personificación militante de esta que podemos llamar *edad de piedra* del donaire argentino. Tiene para nosotros su sátira, como la de las réplicas de Varela, y la de los que se agitaron con ellos en medio á esas jornadas de Fronda del panfleto y el diario, la curiosidad de ofrecernos algo así como una cómica refracción de los hombres y cosas que tejieron la trama de uno de los períodos más solemnes y más decisivos en el desenvolvimiento orgánico de nuestros pueblos; y hoy las leemos con el interés con que se recorre una página de caricaturas de Cham ó de Nadar, donde se ven con sorpresa, entregando sus rasgos á la implacable travesura del lápiz, aquellas figuras de otros tiempos que estamos habituados á mirar en las actitudes nobles y dignas con que las fija el grabado y nos las representamos en la contemplación de la historia.

(Concluirá.)

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.